

“Por tu fe has sido sanado” (Marcos 10, 46-52)

Bartimeo, el mendigo ciego de Jericó, estaba sentado junto al camino. Cuando se enteró que Jesús de Nazaret pasaba por ahí no dudó en gritar su demanda: *“Hijo de David, ten compasión de mí.”*

Le quisieron hacer callar pero él gritaba aún con más fuerza. Entonces Jesús se detiene, manda llamarle y dialoga con él: *“¿Qué quieres que haga por ti? El ciego contestó: Maestro, quiero recobrar la vista. Jesús le dijo: Puedes irte. Por tu fe has sido sanado.”*

¡Cuánta riqueza encierra la narrativa de esta curación! Podemos reflexionar sobre la actitud de los diversos actores - Jesús, Bartimeo, el pueblo – o centrarnos en la pedagogía de Jesús.

Me impacta el testimonio de fe de Bartimeo. Seguramente había escuchado hablar que aquel predicador itinerante hacía muchas curaciones y no podía perder la oportunidad. En primera instancia quisieron acallarle. Podemos imaginar su tozudez y lo inoportunos que eran sus gritos. Jesús le escucha, se detiene, le manda llamar. Nada de eso hubiera ocurrido sin la molesta insistencia de Bartimeo.

No sabemos si aquel ciego de Jericó pertenecía a la minoría de hebreos que esperaban al Mesías, si cumplía o no la ley de Moisés, si esperaba o no una salvación espiritual. Lo que aparece claro es que quería recuperar su vista y que había puesto su confianza en Jesús de Nazaret. Y Jesús le reconoce por su fe. Por eso le devuelve la vista y afianza, con aquella curación, la fe de todos los que le rodeaban. Bartimeo había proclamado públicamente su esperanza, no se amedrentó ante las reprensiones de los demás y logró su objetivo.

Vivimos en una cultura donde proclamar la propia fe resulta molesto para muchos. Podemos silenciarnos o alzar aún más la voz. En esta opción va implícita la fortaleza de nuestra propia fe. ¿Qué significa hoy gritar nuestro credo en Jesús de Nazaret? No creo que se trate de una vuelta al exhibicionismo religioso. Significa ante todo una conciencia fundamental de nuestras debilidades y una actitud de abandono confiado en las manos de Dios. No es desde la prepotencia de quienes se sienten libres de todo mal que seremos mejores cristianos. ¡Todo lo contrario! El testimonio de nuestra fe tiene como referente a Jesús de Nazaret, no a nosotros mismos. Sólo entonces seremos sanados.

